

LA RECONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD  
FRENTE A SITUACIONES TRAUMÁTICAS.  
EL ROL DE LA COMUNICACIÓN Y LA PALABRA  
Un análisis sobre el libro *La Tregua* de Primo Levi

*Magali Chiocchetti*  
*Universidad Nacional de La Plata (Argentina)*  
*laguala@hotmail.com*

## Resumen

La identidad del individuo es entendida como el valor central en torno al cual cada sujeto organiza su relación con el mundo y con los demás en contextos sociales estables. Pero estas mismas personas pueden experimentar situaciones inesperadas que cambian de manera violenta ese mundo habitual. La identidad en presencia del dolor puede desestabilizarse y entrar en crisis. En este sentido, surge un interrogante: ¿cómo un individuo que vive una experiencia traumática, puede reconstruir su identidad?

Para dar una respuesta, tomaré como objeto de estudio y análisis de caso, el relato de Primo Levi *La Tregua*, donde se detalla la repatriación que llevó al autor a recorrer países de Europa durante su regreso de Auschwitz hacia Italia. Esto, debido a que la literatura, en tanto se constituye como una herramienta posible para el análisis de temáticas históricas y actuales, se presenta como válida para comprender este fenómeno.

Por todo esto, se tienen dos objetivos: comprender la reacción del individuo frente a una situación límite, a partir de las descripciones realizadas por Levi sobre las vivencias posteriores al exilio forzado; y dar una primera respuesta al interrogante que funciona como eje de este trabajo.

Palabras clave: identidad - trauma - comunicación - literatura - exilio

*Una cosa así había soñado yo,  
todos la habíamos soñado,  
en las noches de Auschwitz:  
hablar y no ser escuchados,  
encontrar la libertad y estar solos.*  
(Levi, Primo: 2005)

## Introducción

En el presente trabajo, abordaré la problemática de la crisis identitaria frente a situaciones traumáticas. Para ello, tomaré como objeto de estudio y análisis de caso, el relato de Primo Levi *La Tregua*, donde se detalla la laberíntica y tortuosa repatriación que llevó al autor a recorrer países de Europa durante su regreso de Auschwitz hacia Italia (1).

La literatura, en tanto se constituye como una herramienta posible para el análisis de temáticas históricas y actuales, se presenta como válida para comprender este fenómeno. De esta manera, *La Tregua* no será abordada como un relato puramente informativo sobre la experiencia posterior inmediata al campo de concentración, sino que será entendida como un reflejo de ese cuestionamiento personal que describe el autor.

Levi -a su vez el protagonista de la historia-, deja entrever dentro de la misma narración, la necesidad de comenzar a recuperar una imagen de sí mismo; imagen trastocada por la humillación vivida. En este sentido, un estudio sobre *La Tregua* nos permitirá distinguir cómo luego de una vivencia dolorosa, se comienza a buscar una manera de auto-identificarse y de ser reconocido por los otros.

Sobre la base de lo descrito, tendré dos objetivos principales que se relacionan entre sí. Por un lado, comprender la reacción del individuo frente a una situación límite, a partir de las descripciones realizadas por Primo Levi sobre las vivencias y pensamientos posteriores al exilio forzado. Esto, en medio del período entre la liberación del campo de concentración y el retorno a la vida en Italia.

Por otra parte, pretendo dar una primera respuesta al interrogante que funciona como eje de este trabajo, que no procura ser agotado, sino, por el contrario, conformar el inicio de futuras investigaciones sobre el tema: ¿cómo un individuo, luego de atravesar una experiencia que pone al límite su vida, puede volver a reconstruir su identidad?

La identidad en contextos habituales y estables

Para comenzar, será necesario definir y dar cuenta de qué se entiende por identidad y cuáles son sus rasgos esenciales.

Comparto con algunos autores como Gilberto Giménez, que la identidad no puede ser entendida como una esencia, un atributo o una propiedad intrínseca del sujeto, sino que tiene un carácter intersubjetivo y relacional. Es decir, ella se presenta como el valor central en torno al cual cada individuo organiza su relación con el mundo y con los demás sujetos (2).

La posibilidad de distinguirse de los demás, de percibirse a sí mismo como sujeto social, y de ser reconocido en contextos de interacción y de comunicación, requiere una "intersubjetividad lingüística" que moviliza tanto la primera persona (el hablante) como la segunda (el interpelado, el interlocutor). Por lo tanto, la identidad se forma, se mantiene y se manifiesta en y por los procesos de interacción y comunicación social (3).

Por otra parte, no hay que perder de vista que tanto el conjunto de representaciones sociales como las necesidades del grupo social son componentes de su cultura y reflejan la internalización de un sistema de valores, creencias, etc. Estas representaciones, es decir, modos de ver el mundo, permiten el establecimiento de un orden que posibilita a los individuos orientarse en el mundo material y social, además de facilitar una comunicación entre los miembros de un grupo, en la medida en que proveen códigos de intercambio social.

En suma, no basta que los individuos se perciban como distintos bajo algún aspecto. También tienen que ser percibidos y reconocidos como tales. Toda identidad (individual o colectiva) requiere la sanción del reconocimiento social para que exista social y públicamente (4).

Es así que, las identidades individuales se conforman en contextos de interacción social, a primera vista estables, que se constituyen como el "mundo familiar" del individuo, quien a su vez se reconoce y realiza una construcción identitaria a partir de la igualdad o la diferencia con el otro. Esto, según sus visiones e ideas sobre la realidad que funcionan como marco de lo que se considera habitual.

Pero la identidad así entendida no puede concebirse de la misma manera, una vez que el entorno percibido como constante varía brutalmente. Existen situaciones en la vida de las personas que no son las cotidianas y que pueden presentarse como vivencias dolorosas o traumáticas, que ponen al individuo en un lugar "fuera de lo común". La identidad construida en un entorno de familiaridad constante, al ver trastocado este contexto, puede desestabilizarse.

En este sentido, y teniendo en cuenta particularmente la temática abordada en *La Tregua* sobre la vuelta del exilio, cabe destacar que coincidimos con Michael Pollak quien plantea que en el caso de los deportados tenían que afrontar doblemente una crisis identitaria: el arresto y la deportación, primero, los habían arrancado de su medio familiar y social habituales, para ubicarlos a continuación en un universo extremo y totalitario, cuya población estaba compuesta por una multitud de grupos lingüísticos de orígenes sociales y nacionales extremadamente diversos. Por otro lado, existía en este período una constante defensa de la integridad física y moral, que no solo se hacía presente durante este período sino que también se producía después (5).

En efecto, los sobrevivientes solían encontrar diferente su entorno familiar y a sus amigos a su regreso de los campos, lo que generaba nuevamente un esfuerzo por la readaptación a la vida cotidiana, que venía a añadirse al peso de recuerdos sobrecogedores. Se ponía de manifiesto, entonces, la dificultad de los deportados para mantener intacto su sentimiento de identidad (6).

Por lo tanto, la temática abordada en el relato de Primo Levi se entiende como un fiel reflejo del problema planteado en este trabajo.

### El rol de las relaciones sociales frente a un nuevo contexto social

Para profundizar más este análisis, es necesario remarcar que Primo Levi había sido deportado a Auschwitz en 1944, uno de los campos de exterminio situado en la Polonia ocupada por los nazis, donde pasó diez meses antes de que el campo fuera liberado por el Ejército Rojo. De los seiscientos cincuenta judíos italianos de su "remesa", Levi fue uno de los veinte supervivientes que dejó vivo el campo.

En la "vuelta a casa", los sobrevivientes estuvieron cien días viajando hasta llegar a destino. Durante este período, es cuando Primo Levi y otros compañeros, comenzaron a entablar un contacto personal con el resto, acercarse a unos y alejarse de otros por cuestiones idiomáticas, de creencias y de afinidad.

El cuestionamiento de aquel mundo habitual dejado atrás se hizo presente: cómo estará el país de origen, de qué manera serán recibidos en su tierra, qué roles ocuparán en la sociedad luego del campo, quién querrá escuchar la historia que contarán, qué parte de su vida previa a Auschwitz podrán recuperar, qué parte de sí mismos ha cambiado y cuál podrá seguir igual, son algunos de los interrogantes más frecuentes.

"La hora de la libertad nos llenó de (...) un doloroso sentimiento de pudor que nos movía a querer lavar (...) nuestras memorias de la suciedad que había en ellas: y de pena porque sentíamos que aquello no podía suceder (...) y que las señales de las ofensas se quedarían (...) en los relatos que haríamos de ellas..." (7). Ésta es la primera cuestión que Primo Levi pone en

evidencia sobre la posibilidad de borrar de la mente lo sucedido, la cual funciona, como el primer indicio por superar el trauma y recuperar la identidad puesta en crisis. El olvido es el primer mecanismo que el autor deja ver en su relato, como forma de retornar a ser el hombre anterior al campo.

Pero, rápidamente, es el mismo Levi quien descubre que el olvido, como posibilidad, no podría suceder frente a una experiencia tan dramática y violenta, por lo que comienza a preguntarse cómo volver a reencontrarse en presencia del dolor. Es en este momento, cuando los sobrevivientes repiensen su vida, algo dejado en un segundo plano durante la vivencia en los campos, que perpetuaba la reducción a la nada de la personalidad del hombre, generando la pérdida de conciencia durante la reclusión, el sufrimiento y la profunda modificación de la personalidad, atenuando la sensibilidad respecto de los recuerdos del hogar y la memoria familiar.

“(…) En aquel momento en que todas las amenazas parecían desaparecer, (…) me sentía vencido por un dolor nuevo y más vasto, antes sepultado (…) por otros dolores más urgentes: era el dolor del exilio, de la casa lejana (…) de la juventud perdida (…)” (8). Aquí, el autor describe la conmoción generada al haber salido del campo de concentración, y la nueva exploración hacia su interior, sentimiento relegado en Auschwitz. Durante este viaje en el que los sobrevivientes aún no habían tenido contacto con su familia, amigos y país, la comunicación interpersonal a través de la palabra, será primordial para reconstruir una biografía llena de recuerdos lejanos y un pasado inmediato doloroso. Esto, en un contexto totalmente nuevo.

En contraposición, el silencio aparece como un símbolo de la imposibilidad de reconstrucción de esa identidad. “(…) un niño llamado Hurbineck (…) no era nadie, un hijo de la muerte, un hijo de Auschwitz… nadie sabía nada de él, no sabía hablar y no tenía nombre: aquel curioso nombre que tenía se lo habíamos puesto nosotros (…)” (9).

La descripción del niño de tres años aparece como un símbolo del silencio: aquél que obstruía la posibilidad de ser reconocido por los demás, dimensión esencial para configurar la identidad del mismo. La ausencia de la palabra es presentada en *La Tregua* como la falta de recuperación de la memoria, como la incapacidad de crear un relato sobre la biografía personal y, en consecuencia, como la carencia de una identidad reconocible.

La historia del individuo, que requiere como marco el intercambio personal, en el que se puede lograr un conocimiento del otro y así otorgarle un mayor sentido a sus actos del presente, no puede darse a conocer por parte del niño, “Hurbineck (…) que probablemente nunca había visto un árbol (...); Hurbineck el sin nombre... murió en los primeros días de marzo de 1945, libre pero no redimido. Nada queda de él: el testimonio de su existencia son estas palabras mías” (10).

La urgencia inconsciente de encontrarse a sí mismo luego de Auschwitz, de reconocerse a partir de su pasado en conjunto con la vivencia traumática, tiene que construirse necesariamente en medio de un contexto de relaciones humanas “...llevaba dentro de mí (…) un nuevo y sabroso gusto por trabar conversación con la gente (…) me había olvidado del hambre y del frío. Tan verdad es que la necesidad de relaciones humanas hay que incluirla entre las necesidades más elementales” (11).

El pensamiento transmitido por el autor muestra cómo la posibilidad de distinguirse y de identificarse en medio de un grupo de desconocidos, fundamentalmente requiere del contacto con sus compañeros. Pero no se trata de un acercamiento forzado, sino que aparece como parte necesaria e inconsciente de un proceso de comunicación y en consecuencia, de reencuentro personal.

De esta forma, la presencia del otro se hace fundamental y así lo describe Levi, haciendo referencia a Mordo Nahum, un griego que había conocido durante su regreso a Italia “(…) Sin sentirnos particularmente atraídos uno por el otro nos aproximamos por las dos lenguas que teníamos en común y por el hecho, muy digno (…) de ser los dos únicos mediterráneos en el pequeño grupo” (12). Pero además del reconocimiento a partir del lenguaje hablado, Levi da cuenta de otra particularidad, que forma parte de otro de los elementos de reconstrucción identitaria “...el hombre ...busca más o menos conscientemente la proximidad no ... de un prójimo en general sino tan solo de quien participa de las mismas profundas convicciones (o de su carencia de tales convicciones) (...)” (13).

Aquellas representaciones, creencias y visiones del mundo que Levi había moldeado según su cotidianidad en Italia, florecen como estructuradoras de las prácticas y sensaciones que él mismo experimenta en el contacto con sus compañeros del exilio.

En medio de las relaciones sociales que comienza a entablar Levi, donde aparecen las concepciones que se mantenían inconscientemente del pasado, como parte integrante de su identidad puesta en crisis. A través de ellas, empieza a buscar la proximidad o lejanía respecto de sus compañeros y las conjuga con la nueva experiencia vivida. Una vivencia que lo posiciona en un lugar en el que no se había encontrado antes: la del exiliado. “...Zmerinca era un gran pueblo agrícola... había hombres y mujeres (...) ¿quiénes eran, de dónde venían, a dónde iban? No lo sabíamos: pero en aquellos días los sentíamos especialmente cercanos a nosotros (...)” (14). En este caso, el autor hacía referencia a un grupo de personas que, como ellos, habían sido deportados.

Aquí, sujetos socialmente desiguales y culturalmente diferentes -que marcan la diferenciación a la que aludíamos en los anteriores párrafos- se reconocen como iguales en un aspecto y a partir de una experiencia compartida, constitutiva ella de su

pasado más inmediato: la del exilio, el sufrimiento y el dolor. De esta manera, empiezan a relacionarse las representaciones sociales pasadas y el *habitus* que servía como marco de percepción, con la experiencia traumática presente. Ambas, mostrándose como formadoras de identidad.

Para completar este aspecto no se puede dejar de lado la mención que hace el autor de *La Tregua* respecto del apodo que le habían puesto durante el viaje, como otro carácter fundamental para visualizar esa presencia de lo pasado “cuando le dije que mi nombre era Primo Levi” (Levi, Primo: 2005) y la de la experiencia traumática, “Lepé soy yo... así me bautizó Césare en tiempos remotos y así sigue llamándome (...) Césare sostenía que le recordaba a la piel de un conejo... que en la jerga comercial se dice Lepé (...)” (15).

Como es sabido, el nombre -el que le faltaba al niño Hurbineck-, como parte esencial de la identidad, es el elemento que conforma también una de las características como los hábitos, actitudes o capacidades a través de los cuales el individuo puede reconocerse y dejarse reconocer por otros.

Por otra parte, además, dentro de la relación con sus compañeros durante el viaje, también aparece la necesidad de encontrar un papel dentro del grupo. Una vez reconocido el contexto del cual se forma parte, aunque temporario, Levi no solo empieza a entablar relaciones que le permitan observar los atributos con los cuales se siente identificado y con los que no, sino que además surge la necesidad de ubicarse en un rol definido, igual que lo hacía en su pasado habitual, “(...) Entre las cosas que yo había aprendido en Auschwitz, una de las más importantes era que a toda costa hay que evitar ser “un cualquiera”. Todos los caminos están cerrados a los que parecen ser unos inútiles (...)” (16).

La urgencia por volver a ocupar una posición en el nuevo contexto social (que se conforma, en ese momento, como el contexto más próximo de relaciones humanas), es un aspecto importante a tener en cuenta. La necesidad de reconocer a cada uno dentro del grupo mediante una función definida está presente en las descripciones de Levi, hasta el último momento del relato cuando se encuentran en el final del viaje “(...) después de tantos meses (...) formábamos una comunidad organizada: por ello no nos habíamos distribuido al azar en los vagones sino de acuerdo con núcleos de convivencia. Los “rumanos” ocupaban diez vagones; tres pertenecían a los ladrones (...) el nuestro (...) había sido declarado el vagón enfermería (...)” (17).

En la misma historia, se puede ver cómo existe una perdurabilidad de ciertas imágenes que Levi tiene de Italia, pero también una modificación de la que habitualmente poseía sobre su persona. Luego de Auschwitz y a partir de que comienza a reconocerse como exiliado, surge la necesidad de contar lo ocurrido; de superar una crisis de identidad nombrando o describiendo los mismos actos que habían sido su causa. Se hace presente el caso de liberación de la palabra, que depende, por otra parte, de la posibilidad de tornarla pública (18).

Así lo plantea Levi, mientras pasa por Alemania durante su viaje en tren, “(...) nos parecía que teníamos algo que contar, cosas enormes que contar a cada uno de los alemanes, y que cada uno de los alemanes tenía que contárnoslas a nosotros: sentíamos la urgencia (...) de explicar y de comentar, como los jugadores de ajedrez al final de la partida (...)” (19).

Aquí, la palabra y la comunicación juegan un papel fundamental, que más allá de la comunicación propia con sus compañeros y ese primer reconocimiento con los exiliados, funcionan como un medio para reconstruir totalmente su identidad a la vuelta a Italia “¿Sabían «ellos» lo que había ocurrido en Auschwitz, las matanzas silenciosas y cotidianas, a un paso de sus puertas? Si no lo sabían, tenían (...) que enterarse por nosotros, por mí, de todo y rápidamente: sentía el número tatuado sobre mi brazo gritar como una herida” (20).

La urgencia por mantener viva la memoria a partir de la palabra empezó a distinguirse en Levi fundamentalmente al final de su relato, una vez cerca de su país. Es así que puede verse la función importante que la memoria y su comunicación tienen en el autor para terminar de reconstruir una identidad, ya situado en su país de origen.

“(...) De los seiscientos cincuenta que éramos al salir, volvíamos tres. ¿Y cuánto habíamos perdido en aquellos veinte meses? ¿Qué es lo que íbamos a encontrarnos en casa? ¿Cuánto de nosotros mismos se había gastado, apagado? ¿Volvíamos más ricos o más pobres, más fuertes o más vacíos? No lo sabíamos: pero sabíamos que (...) nos esperaba una prueba y pensábamos en ella con temor” (21). Éstos son los cuestionamientos aún presentes sobre sí mismo, no resueltos durante el viaje. Y aunque a través de las relaciones entabladas durante el mismo, Levi logra identificarse con algunos de sus compañeros y comienza a reflexionar sobre el campo, a rastrear sus percepciones sobre el mundo aún intactas y su manera de verse como un exiliado reciente, la dudas de ser escuchado en Italia se conforman como el camino hacia la búsqueda de la identidad.

Es así que, el viaje de regreso es entendido como el inicio de una reconstrucción identitaria en donde existen momentos de mayor estabilidad de la identidad y otros, llenos de cuestionamientos, “(...) ¿dónde íbamos a encontrar la fuerza para volver a vivir? (...) ¿con qué armas, con qué energía, con qué voluntad?” (22). Aunque ciertas percepciones del mundo, pasadas, se hacen presentes en el relato, una nueva visión sobre sí aparece en forma de preguntas sin respuesta. Para poder autodefinirse de forma completa, la vuelta final a Italia se muestra como fundamental en esa reconstrucción. La necesidad de que sus

relaciones humanas pasadas lo reconocieran a partir de la experiencia traumática vivida, aparece sobre todo al final del libro, como la urgencia más importante para asumirla dentro de su historicidad.

La comunicación y el uso de la palabra, funcionan como los medios fundamentales para lograr esa reconstrucción final "...Llegué a Turín el 19 de octubre, después de treinta y cinco días de viaje: la casa estaba en pie, toda mi familia viva, nadie me esperaba. Estaba hinchado, barbudo y lacerado, y me costó trabajo que me reconociesen (...) encontré la alegría liberadora de poder contar..." (23).

La importancia de la comunicación y la palabra

Este trabajo comienza con una pregunta: ¿con qué herramientas un individuo, luego de atravesar una experiencia traumática y vivir una crisis de identidad, puede reconstruirla con la presencia continua de la vivencia dolorosa inmediata?

En un primer momento, la posibilidad de olvidar se hace presente y aparece como el primer elemento distinguible de recuperación de la identidad trastocada en Auschwitz. Pero, rápidamente, Levi percibe la incapacidad de borrar la memoria de tanta humillación vivida. En consecuencia, el olvido se deja de lado, y las relaciones humanas y la comunicación interpersonal funcionan como el primer eslabón para construir una identidad en presencia del dolor.

La interacción social cumple un papel preponderante en el relato de Levi. Esto, en medio de un contexto completamente nuevo, no sólo diferente al habitual pasado, sino al de Auschwitz. Un contexto temporario, que se presenta como un tiempo intermedio hasta volver al entorno social y habitual de Italia.

La identidad puesta en crisis durante la experiencia traumática, que había generado un profundo cuestionamiento, empieza a relucir en este contexto. Las representaciones sociales, es decir, el conjunto de conceptos, percepciones, significados y actitudes que los exiliados compartían con su grupo social y según su mundo "familiar", reaparecen en el contacto con el otro, que a pesar de ser percibido como distinto por su biografía personal, comparte la experiencia inmediata del campo de concentración.

La crisis identitaria sufrida en Auschwitz por los maltratos, el dolor generado, sumado a la falta de relaciones humanas y cercanas, empieza a estabilizarse a partir del contacto personal, la comunicación y la palabra. El silencio, en este caso, es mostrado como un símbolo de la imposibilidad de auto-identificarse y dejarse reconocer por los otros, a la vez que se destaca como la manera de no recuperar la memoria.

Es por eso que, en esta instancia en la que los deportados, aunque alejados aún de sus países de origen tienen un primer contacto humano, el contexto social es percibido como temporario, pero no por eso menos influyente en el inicio de una reconstrucción de la propia identidad. Como consecuencia, la reconstruyen a partir de dos vías: aquellos aspectos que aparecen como perdurables a pesar de la situación límite (por ejemplo, ciertas creencias, visiones del mundo, un lenguaje, etc.) y la experiencia traumática que conforma una imagen del individuo que antes no existía: la de exiliado.

Los aspectos de la percepción del mundo antes de la vivencia en el campo, se conjugan con esta situación traumática, sin dejarse de lado uno ni otro. Ciertas concepciones o percepciones del individuo que conformaban su identidad puesta en crisis, una vez retomado el contacto humano, las relaciones interpersonales y la posibilidad de la palabra, pueden perdurar en el tiempo y más allá del dolor. Esto no implica que existe una percepción de ser idéntico a través del tiempo y la diversidad de situaciones, sino que, por el contrario, la vivencia del trauma generó, como dijimos antes, un auto-reconocimiento diferente.

El exilio y el campo de concentración, necesariamente, ponen en jaque la estabilidad que posee la identidad en un contexto habitual para el individuo. A pesar de mantener ciertas zonas de estabilidad, los cuestionamientos personales aparecen luego del trauma. Es por eso que frente a la situación límite, la identidad pierde el grado de estabilidad habitual, para convertirse en un sinfín de interrogantes que sólo a través de la comunicación, el uso de la palabra y la memoria puede reconstruir.

Durante el viaje, Levi logra reconocerse como un exiliado, identificarse mediante la experiencia común con sus compañeros y diferenciarse según ciertas pautas de vida pasadas. Pero ¿cómo lo vería su entorno en Italia? ¿Reconocerían en él lo mismo que él veía para sí?

La mayoría de las preguntas surgen cuando los sobrevivientes están más cerca de su país de origen. Fue en este momento, cuando las preguntas sobre cómo encontrarían sus lugares, familias y amigos, se hacen más frecuentes. La posibilidad de recuperar definitivamente la identidad, tiene que ver de nuevo con la necesidad de la palabra: contar lo sucedido y así poder lograr un reconocimiento de los demás que coincidiera con el propio (a pesar de que éste no estuviese del todo definido).

La memoria y la comunicación de lo vivido en Auschwitz se presentan como los nuevos eslabones para la recuperación de la identidad, que había comenzado en el largo viaje hacia Italia y que, se haría necesario, en el mundo habitual. El nuevo contexto italiano posterior a la guerra, donde Levi tendría que adaptarse y entrar en contacto con el otro (ya no desde un lugar que pretendía olvidar, sino contar), es justamente el escenario que lleva más tarde a Levi a escribir un libro y relatar, mediante la literatura, una experiencia traumática. Por esta razón es que da origen al libro *La Tregua* y a toda la *Trilogía de Auschwitz*.

## Notas

(1) Este relato forma parte de la "Trilogía de Auschwitz", que se compone por el primero de los libros "Si esto es un hombre", en el que se muestra el horror del campo de concentración y la privación cotidiana y el olvido de la condición humana de los prisioneros. "La tregua" es el segundo libro, en donde se realiza un relato sobre las tribulaciones de un grupo de italianos, liberados de los campos nazis, que recorren durante meses los caminos de Europa en compañía del Ejército Rojo. Por último, 'Los hundidos y los salvados', es un ensayo en el que Levi trata de comprender, a partir del ejemplo de los campos nazis, las condiciones y circunstancias que permiten la degradación del ser humano.

(2) Giménez, Gilberto, *Materiales para una teoría de las identidades sociales*, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM; Versión digital en [www.gimenez.com.mx](http://www.gimenez.com.mx). Pág. 3.

(3) *Ibidem* Pág. 4.

(4) *Ibidem* Pág. 5.

(5) Pollak, Michael, *Memoria, olvido, silencio*. Buenos Aires, Ediciones Al Margen, año 2006. Pág. 54

(6) *Ibidem* Pág. 55.

(7) Levi, Primo *La Tregua*, en *Trilogía de Auschwitz*; Buenos Aires, El Aleph, 2005. Pág. 252-253

(8) *Ibidem* Pág. 255.

(9) *Ibidem* Pág. 263.

(10) *Ibidem* Pág. 263.

(11) *Ibidem* Págs. 289-291.

(12) *Ibidem* Pág. 276.

(13) *Ibidem* Pág. 287.

(14) *Ibidem* Pág. 368.

(15) *Ibidem* Pág. 382.

(16) *Ibidem*.

(17) *Ibidem* Pág. 439.

(18) Pollak, Michael. Op. Cit. Pág. 56.

(19) Levi, Primo Op. Cit. Pág. 466.

(20) *Ibidem* Pág. 468.

(21) *Ibidem* Pág. 468.

(22) *Ibidem* Pág. 468.

(23) *Ibidem* Págs. 469-470.

## Bibliografía

Artículo *Identidad y globalización. Elementos para repensar el concepto y su utilización en las ciencias sociales*, de Mauricio Schutenberg en revista *Cuaderno H Ideas*, Buenos Aires, 2007, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, Año 1, N° 1.

Gilberto, Giménez, *Material para una teoría de las identidades sociales*, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM; Versión digital en [www.gimenez.com.mx](http://www.gimenez.com.mx)

Gutiérrez, Alicia *Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales*, Córdoba, Editorial Universitaria UNM y Dirección general de publicaciones UNC.

Levi, Primo, *La Tregua*, en *Trilogía de Auschwitz*; Buenos Aires, El Aleph, 2005.

Pollak, Michael, *Memoria, olvido, silencio*, Buenos Aires, Ediciones al Margen, 2006.

Sirvet, María Teresa, *Cultura Popular y participación social. Una investigación en el barrio de Mataderos*, Buenos Aires, UBA-Miño y Dávila Editores.